

AMANECE. QUE NO ES POCO.

"El mundo actual admite mal a los soñadores y a los artistas improductivos. ¿Qué es lo que nos lleva a nosotros, los que curamos, a reunirnos con ellos dentro de esos muros?"
M. Mannoni.

La existencia de muros clasificatorios constituyen una fabricación social cuya fecha de cumpleaños seguramente coincide, con la posibilidad de aplicarle a algún objeto cualquiera sea tal adjetivación: "social". Eso no indica que esos muros hayan tenido desde siempre la misma función y por tanto la misma consistencia. Ciertamente que las vías del tren, para separar en el pueblo, lo que vivía de un lado y lo que vivía del otro; no distribuía las diferencias, ni se ofrecía al franqueamiento, ni marcaba los cuerpos, de la misma manera, que cuando esas vías son construidas a partir de la técnica propuesta por los diferentes saberes producidos por la ciencia. El mismo interrogante que Mannoni, incluyéndose, nos trasmite, de algún modo, solo tiene razón de ser a partir de dicha transformación de las vías.

La exigencia de una homogeneización en los modos de aprender, de bailar, de vestirse, de hablar, de amar, de delinquir, que la tecnocracia generalizada, por llamarla de algún modo, requiere, fabrica una encerrona sobre el trabajo, que petrifica la fantasía y que, en la repetición de siempre, presenta algunos sonidos diferentes.

Muchos de los que trabajamos en esos lugares "del otro lado de las vías" asistimos a una urgencia por empadronar, codificar, certificar (discapacidades, locuras, etc), edificar, señalizar, censar, formularizar, etc. cuyo comienzo se ha avisado hace un rato y cuyo fin, siempre sorprende, corriéndose un poco más allá. La imposibilidad de que alguien de cuenta del destino de tanta información requerida una y otra vez, no pocas veces nos hace suponer, que su inexistencia más que inoperancia es una finalidad en sí, que cristaliza las escenas del trabajo con el ritual vacío del llenado de un formulario tras otro.

A la consistencia del ladrillo de los muros, se le adosa esa otra consistencia de la nominación numeral de un código, que reemplaza en demasiadas ocasiones, el nombre de ese niño o joven o adulto, que reclama para así un lugar habitable.

Si bien no es nueva la intemperie, sí es cierto que, en ocasiones pareciera agrandarse por la soledad en que las prácticas que se desarrollan en las instituciones con niños y jóvenes en dificultades, se ven inmersas. Soledad que seguramente es fabricada por diversos avatares, pero que el continuo pasaje de lista para nuevas numeraciones y categorías consolida.

Aquí y allá existen lugares que reciben esos "extraviados" en búsqueda de un lugar donde tener lugar. Aquí y allá existen apuestas, de quienes se introducen a trabajar, por acompañar un rato el extravío y ofrecer el espacio para que el pasaje a otra cosa sea intentado.

Aquí y allá, no pocas veces, los equipos de trabajo se encuentran en la disyuntiva, aún queriendo resguardar un trayecto para cada quien, de apostar al deseo de ese niño o joven que se halla en dificultades, o hacerle caso a los manuales clasificatorios, con la consabida aniquilación de los espacios donde la sorpresa sea posible.

Estamos al tanto de que el trabajo implica la apertura del cielo y la inexistencia de garantías. Justamente es la búsqueda de seguridades y garantías la que cierra el cielo pero también las posibilidades de la emergencia de un deseo.

¿Cómo sostener esa tensión necesaria, para que diversas prácticas sean posibles, sin que el aislamiento o la rutina, las empujen a cierta clandestinización por no figurar en el nomenclador? ¿Cómo

sostener la tensión a la vez, advertidos de que no pueden ser nombradas por estar del lado de la contingencia, como la vida misma, regidas por lo particular del recorrido de cada niño o joven en dificultades, que como todo recorrido, hace camino al andar?

La apuesta de esta revista, de las páginas que siguen, de las por venir, se inscribe en el espacio que abren esas preguntas. Como manera de estar con otros. Pretendemos que estas páginas, de vez en vez, vayan nominando esos "quienes", a quienes Mannoni interroga.

La apuesta es que diferentes experiencias, de variados lugares, en el hacer cotidiano, en espacios de trabajo con niños y jóvenes excluidos del sistema "normal" (escuela, juegos, trabajo, etc.) se escriban y se encuentren o desencuentren en el papel consecutivo de una revista.

La apuesta es que niños y jóvenes, en su escritura o en la de otros, nos hagan saber de las peripecias de sus búsquedas e interroguen nuestro acompañar.

La apuesta es que la posibilidad de poner blanco sobre negro, en una circulación con otros, los meandros de diversas prácticas, escriba también sobre la práctica misma.

Javier Chialvo